

## LA MUJER DEL MAS ALLÁ

Gonzalo Rodas Sarmiento

(segunda parte)

### 11.- Rodrigo

Casi no recuerdo cómo fueron pasando las cosas. Para mí, el tiempo transcurría de una manera extraña. A ratos se detenía, y a ratos se apuraba. Uno de mis hermanos me ayudó a hacer todos los trámites en la morgue y en la funeraria. Los acontecimientos llegaban apilados y después se iban lentamente.

Durante más de un día estuve en un duro banco de madera de una capillita, tratando de hablar con Johanna. Compartimos momentos de recuerdo, cada cual desde su ámbito. Sin tocarnos, sin vernos, pero con una clara presencia de ella, que me producía emoción. El arrepentimiento era lo único que nos rebosaba a ambos.

De la ceremonia no entendí nada. Yo estaba como atontado, tal vez por acción de algún medicamento, que seguramente me han dado, sin yo saberlo. Antes y después de la misa, me abrazaron y lloraron conmigo unos buenos amigos y amigas, míos y de Johanna, de la familia, del trabajo. Sentí el cariño que me daban. La mayoría de las personas me acompañó al cementerio en una caravana en que me debatía entre la pena y la culpa. Esta última es la más terrible. Se muestra como una brasa encendida, que yo siempre había querido echar afuera. Pues, ahora quiero quemarme.

Uno a uno, todos se fueron retirando, al terminar el entierro. Los saludé con afecto, hasta que me quedé solo.

Aún no terminaba de irme del cementerio cuando se me acercaron dos hombres jóvenes que yo nunca antes había visto. Podrían haber parecido deudos que se quedaban para el final, pero los vi demasiado formales. Sentí algo extraño, entre temor y curiosidad por saber quiénes eran. Desde luego, se notaba que no venían a darme ningún abrazo ni a llorar conmigo. Se limitaron a mostrarme una credencial, y a decir "Acompáñenos, por favor". Entendí que no podía negarme.

### 12.- Johanna

Un ángel me condujo por un camino angosto que bordeaba un pequeño cerro. Una loma vestida de pasto y poblada por jardines, además de miles de niños jugando. Cuando llegamos hasta una puerta de madera en forma de "U" invertida, que marcaba el final del sendero, él abrió y me invitó a entrar a un recinto espacioso con grandes ventanales. Casi todos los vidrios eran pequeños y un poco alargados, excepto en los bordes de las ventanas, en que éstos eran más largos, de colores amarillo y azul. Los vidrios chicos del centro tenían texturas que dejaban pasar la luz pero no dejaban ver desde dentro el detalle de las formas de afuera. En el interior de la sala destacaba una mesa redonda de

hierro verde. La mitad de ella estaba iluminada. La otra mitad de la mesa, me pareció en penumbras.

Nos sentamos a la mesa, en el sector oscuro, que después de pocos segundos ya no me pareció tan sombrío.

-Necesito volver . . . -le pedí con aflicción al ángel, que dijo llamarse Hamael- . Sólo quiero salvar a mi marido, que sufre injustamente. Te lo pido por favor. Rodrigo vino al mundo a otra cosa.

-¿Y cómo lo sabes?

-Mi esposo es un profesor. Y también es un pianista. ¿Cómo se va a pudrir en una mazmorra?

-¿Tienes tú algo que ver en eso?

-Soy culpable -admití-. Mándame al peor infierno que me merezca, pero, sálvalo a él.

-Tú estuviste en el mundo para hacer algo por él.

-Y también por mucha más gente. Es que me confundí. Nunca creí que un amante de una noche iba a ser tan pernicioso.

-¿Quieres contarme algo de eso? -me preguntó el ángel, con suavidad.

-Vi un crimen. ¡Qué mala suerte! Después me empezaron a extorsionar para que declarara en falso. Me hicieron vulnerable con tanta facilidad que me avergüenza reconocerlo. Tuve ante mí a un verdadero príncipe encantado, con los más oscuros propósitos para hacerme torcer la verdad, pero con una piel externa de suavidad y ternura. Ese tipo resultó mucho peor que si hubiera tenido sida.

-¿Reconoces en ti un punto débil?

-Buscaron mi punto débil y lo encontraron. Tienen muchos recursos. De partida, contaban con un hombre que parecía actor de cine. Estupendo el maldito. Como para enloquecer a cualquiera. Así y todo, jamás me habría acostado con él si no se hubiera dado una desgraciada circunstancia, que ahora pienso que quizás no fue casual. Y aunque lo haya sido. . . Justo ese día en que él me invitó a salir, yo estaba furiosa con mi marido. Estaba celosa porque él estuvo conquistando por ahí. Aunque no fue nada tan grave, igual me afectó.

-¿Cómo te llevabas con Rodrigo? -me preguntó Hamael.

-No faltaban las incomprendiones ni las peleas, que iban alimentando esa desproporcionada furia que yo tenía. Y me metí con el tipo. Me tenía deslumbrada. Nunca me imaginé que habían montado un verdadero estudio fotográfico escondido. Caí como una tonta. No sé cómo pude ser tan bruta. Lo que creí que era una simple aventura intrascendente resultó ser trágica. A los pocos días me enviaron las fotos a mi oficina, en sobre cerrado. Sólo yo las vi. Las rompí indignada y sintiéndome podrida, aún cuando no sacaba nada, porque ellos tenían los negativos. Después recibí una llamada telefónica en que me incitaban a tomar una decisión que no iba conmigo. Me dijeron "No querrá que su marido se entere de sus secretos". Enseguida, cortaron.

-Cuando te viste metida en esa suciedad, ¿qué empezó a ser lo más importante para ti?

-Después que me tenían atrapada en su asquerosa red no quise ser una persona en venta. Me negué a pisotear la verdad y la justicia. Había quienes se interesaban vivamente por torcer mi decisión. Se me pedía tergiversarme a mí misma en un acto público. Eso no lo haría jamás. Preferiría acusarme de todas mis faltas, si ello no dañara a mi pareja.

-Después de eso, ¿hiciste algo para salirte del juego? -siguió preguntando Hamael.

-Logré salirme de ese juego, pero nada de airosa. El extorsionador optó por matarme. Esta historia no la conoce nadie. No sé si alcancé a contarle algo a mi marido acerca de la extorsión. Debí haber partido por ahí.

Por todas estas cosas, creí que no podía entrar a reino alguno, pero Hamael me invitó a sentarme en el lado iluminado de la mesa.

### **13.- Cristóbal**

Yo no estaba dispuesto a creer lo evidente. Necesitaba cerciorarme. Es que era todo tan increíble.

Dos días después de este asunto del tren pude arrancarme un ratito de la oficina, y partí a la biblioteca, que queda a pocas cuadras de distancia. Quería revisar los diarios de los días que siguieron al supuesto crimen. En mi optimismo, esperaba encontrar alguna noticia que lo desmintiera. No hallé nada de eso. En cambio, leí que el marido fue detenido y que la policía consideraba que el caso estaba prácticamente aclarado. Por último, había un párrafo muy cortito, que se refería al funeral.

O sea, después de todo, ella murió. No cabía ninguna duda, pero yo aún no quería aceptarlo. Por el aviso del diario supe en qué cementerio fue sepultada. Me dolía tener que leer todo esto, pero necesitaba enterarme.

Tenía que investigar bien este caso porque Johanna me lo estaba pidiendo. Me sentía muy unido a ella, a pesar de estar en distinto ámbito. Que haya vuelto a este mundo por un instante para pedirme este servicio, es algo notable. Será difícil la tarea, pero es bellissimo tenerla.

De pasada verifiqué algo que ya estaba sospechando. El crucigrama que yo tenía que resolver era distinto al que salió efectivamente publicado en el diario de ese día.

En el silencio de la biblioteca me informé de todos los pormenores del caso, y extraje los datos que consideré importantes. En la noche del crimen, Johanna había tenido una feroz pelea con Rodrigo, su marido, por celos de éste, fundados o no, pues presuntamente ella le había sido infiel. O al menos, eso es lo que creyó él. Todo esto se había sabido en base a declaraciones de los vecinos que sintieron bulla esa noche. O esa tarde, más bien dicho, pues debe haber sido cerca de las ocho cuando ocurrió el crimen.

El día sábado fui al cementerio. En parte, porque aún no estaba del todo convencido. No me ha sido nada de fácil digerir todo este doloroso asunto. Allí también reinaba el silencio, igual que en la biblioteca. Dominaba el color verde de los prados, que convertían el lugar en algo bastante más acogedor que los antiguos cementerios grises, con esos horribles nichos visibles, por sobre el nivel del suelo.

Preguntando, y también dando algunas pocas vueltas demás, encontré su lápida. Ahí estaba la fría piedra rectangular con su nombre y dos fechas. Le puse unas flores que llevé. Con todo esto, recién en ese momento estuve dispuesto a abrir un nuevo capítulo en mi historia con Johanna.

La nueva historia está empezando ahora, con el mensaje que ella me dio desde la ventanilla de un tren. Aunque al principio parecía pura imaginación, es un objeto palpable, que se puede tocar. Está ahí. El mensaje incluye mucho más que unas simples palabras.

Asumo mi nueva forma de relación con Johanna. Tendré que caminar por lo desconocido y optar por la sorpresa. Dejar de lado mis antiguos esquemas. Hasta ahora, siempre pensé que las cosas con más densidad eran las que podían darse por más ciertas. Y nunca me había percatado de cuán tenue es tal concepto. Tanto, que al mostrarse así de paradójal, ya empieza a transformarse en prejuicio. No es que yo intente comprender unos complejos conceptos filosóficos. Nada de eso podría interesarme. Solamente quiero dar cabida a esas otras certezas que parecen invisibles brisas etéreas.

Se me empieza a completar algo de lo que viví en mi infancia. Es increíble cómo cada momento de mi existencia es la cara de una medalla cuyo reverso está presente en otro momento de mi vida.

#### **14.- Lucía**

Ubiqué al abogado de Rodrigo y decidí ir a contarle toda esa extraña conversación telefónica que tuve con Johanna. La llamada tuvo lugar el mismo día en que ella murió, y probablemente a la misma hora, u otra muy parecida, a la que se supone en que ocurrieron los hechos. Creo que ahí hay una pista que puede servir para salvar a Rodrigo. Nunca he creído que él sea un asesino. Haría cualquier cosa para librarlo.

Pasé ayer, después de la gimnasia. La oficina del abogado es inmensa y muy acogedora. Tiene unos cuadros preciosos, y unos muebles de lujo, que ya quisiera tener alguno como éstos, para vender en la tienda.

Tuve que esperar un rato, pero no mucho. Este caballero me atendió con gran amabilidad y me conversó de todo. Es una persona agradable. Hablamos de muebles. Siempre que digo en qué trabajo, la gente me habla de muebles. Yo noto que es casi como un escape para no hablar de cosas más importantes. Igual, el tema me fascina, y he llegado a aprender bastante de maderas, y hasta de carpintería.

De los muebles, se pasó a hablar de la casa que él tenía cuando niño, la cual era muy antigua. Me contó varias anécdotas de su infancia. No le faltó tema de conversación a este abogado. Al contrario, era yo la que trataba de ir al grano, por no tener mucho tiempo. Después de un rato, por fin entramos en materia.

En todo caso, no pareció interesarse demasiado por la historia que yo le llevaba. Encontró que no era suficiente. Me dijo algo así como que esperaría con esa información, a juntarla con algo que surja más adelante. Entonces, sería el momento adecuado.

Y yo me pregunto qué puede surgir más adelante. A mí no se me ocurre, pero él sabrá por qué lo dice. No me cabe duda que el abogado llevará las cosas por el mejor camino posible. De todas formas, las posibilidades que hay son pocas. Esa tarde volví al trabajo un poco deprimida, viendo muy negro el futuro de Rodrigo.

#### **15.- Rodrigo**

En la cárcel he vuelto a llorar. Igual que cuando era niño. Lo que tengo ahora es rabia conmigo mismo. Cuando entré acá me quitaron hasta los cordones de los zapatos para que no me ahorque, y si no me los hubieran quitado, algo habría intentado, en un momento depresivo. Tienen razón en

cuidarlo a uno de esa manera. No me es fácil afrontar que soy lo más indigno que pueda existir.

Me lleno de recuerdos. Los más gratos se esfuerzan por ocuparme. Es quizás una defensa para poder soportar este calvario. Me veo de niño. Cuando empecé a aprender piano, y mi tía solterona era la profesora. Siempre fue muy estricta, pero tenía paciencia y enseñaba bien. Cada vez que me tocaba clase, yo iba con gusto a su casa, que era también la de sus padres. Además, siempre tenía algo rico para comer.

Después, cuando me casé, sentí la máxima felicidad que se puede sentir. Poco a poco se fue desvaneciendo. Me entristece ser tan trancado y no haber aceptado nunca que mi mujer pudiera ser más importante que yo y ganar más dinero. No es más que un tonto prejuicio. Es mucho el daño que puede provocarme un prejuicio.

Puede decirse que realmente he matado a mi mujer. A la que tanto amo. No es exageración. Es increíble cómo un verso que leí hace años y me impresionó tanto que no lo he olvidado, vuelve hoy con toda su fuerza.

“El hombre mata lo que ama”.

Oscar Wilde lo escribió en su Balada, cuando le tocó padecer una horrible prisión, peor que ésta. Siento como si Wilde me hubiera estado observando a mí cuando creó ese poema. Observando mi anhelo de libertad que convive con una culpable resignación. Me parece que se hubiera fijado en mí, como un alma en pena, sintiéndome a veces aterrado, y otras, sumergido en toda mi amargura.

## **16.- Johanna**

El mundo terrenal me tenía atrapada. En vano, traté de decírselo al ángel. Quise tener permiso para llevar un mensaje a mi marido, pero eso resultó imposible.

-¿A tu marido? No. Eso no podrá ser. Si ya no le creyeron, no le creerán. Tampoco debes arriesgar a otra persona -me advirtió el ángel, y casi me convenció.

-Si el mensaje no puede ir a mi viudo, entonces que vaya a los diarios -pedí ingenuamente. El ángel me miró con severidad. No contestó nada, pero me quedó claro que eso no podría ser. Luego, se ablandó y me explicó:

-Los mensajes que enviamos hacia el otro lado parecen muy concretos pero son subjetivos. Deben dársele a una persona en particular.

Por lo menos, logré que Hamael lo consultara con otros ángeles. Después de hablar con muchos de ellos, de distintos niveles, me señaló que podríamos acudir al Investigador del Más Allá, dónde conseguiría permiso para una intervención mínima. Me explicó que tendría que ser a través de alguien que me quiera mucho y que esté en condiciones de deslomarse por una causa mía. Incluso, teniendo en cuenta que sería algo completamente intuitivo.

-Tiene que ser alguien en quien pueda confiar -repetí, y no se me ocurría nadie.

-Y que te quiera más que su propia vida -agregó Hamael.

-¿Acaso existe esa persona? -pregunté.

-¿Alguien ha querido dar su vida por ti? ¿O te ha salvado de algo?

-Cristóbal -fue mi respuesta inmediata y automática. Y me quedé pensando en que él era el único que podía hacer algo. Me estaba remontando a mi infancia y ahí encontré a la buscada persona-. Sí. El arriesgó su vida por mí.

Fuimos amigos en la infancia, y después en la universidad. Nunca quise pololear con él, a pesar de sus insistencias. De niño, él estaba enamorado de mí hasta más no poder. Me adoraba. Para mí era un amigo. Un gran amigo. Siempre lo vi como a un hermano.

-¿Y cómo te veía él a ti?

-No precisamente como a una hermana. Eso fue causa de interminables discusiones y malos entendidos. A veces, dejaba de verme por meses, y después se acercaba nuevamente. Siempre le tuve cariño y hasta admiración, pero con cierta frialdad que me impedía sentirme llamada a ser su mujer.

-Cuéntame de qué te ha salvado -insistió Hamael.

-Dos veces. Una, cuando éramos chicos, y a mí me dio por subirme al techo, en la casa de campo de mi abuelo. Cuando estaba bajando, resbalé y estuve a punto de caer al suelo, si no fuera porque él me sujetó y me estuvo aguantando harto rato hasta que pudo cambiar de posición y ayudarme a bajar.

-Cuando eran niños. Eso está muy bien -asintió el ángel.

-La segunda vez fue cuando ya estaba en la universidad. Salí muy tarde de clase, en una oportunidad. Me dio miedo, porque estaba bien oscuro. Traté de no separarme del grupo de mis compañeros hasta llegar al paradero de la locomoción. Todos se fueron yendo en otros buses -hice una pausa-. El que me servía a mí se demoró en pasar. Cuando quedé sola se empezaron a acercar dos tipos de muy mala pinta. Cristóbal estaba en otro curso, y por esas casualidades llegó al paradero después que yo, justo en el momento propicio. Los tipos se fueron. La verdad es que él no hizo nada, pero me salvó en forma providencial.

-Ese es el hombre adecuado -afirmó Hamael, con mucha seguridad.

Fue así como ya casi estaba autorizada para poner el mensaje, pero aún me faltaba la técnica. Estaba elegido el destinatario. Ahora, era necesario diseñar el mensaje mismo.

¡Qué contrasentido! Se la tendrá que jugar por salvar a mi esposo. Así son las vueltas de la vida. Sé que él estará dispuesto a hacerlo.

“Mi cuerpo está fallado”, recuerdo que me decía Cristóbal, y también, “Las cosas no son para mí, sino para los demás. Desde que tengo conciencia de mí”. Nunca pude convencerlo de lo contrario. También me acuerdo que a él le encantaba resolver crucigramas. ¿Por qué estaré asociando estas cosas justo ahora?

No podría ser tocada, ni abrazada, ni besada. Solamente escuchada, vista y saludada a distancia. Hamael me lo advirtió con claridad.

-¿Desde cuándo no has visto a Cristóbal? -me preguntó el ángel.

-Desde la época de la universidad. Será un encuentro especial, después de tantos años.

Hamael guardó silencio, y me dejó pensando en lo que yo había dicho. Probablemente, Cristóbal no se enteró de mi muerte. En ese caso, yo tenía todo a mi favor para lograr moverlo a él. En cambio, tenía en contra el no ser corpórea. Tendré que arreglármelas de alguna forma. No podré darle un relato completo. Creo que él tendrá que saber que morí, y desde ese momento ya no podré ir más.

No sabía si redactar un mensaje directo, o dibujar algo que fuera representativo. O intentar cualquier otra forma de expresión. Le pregunté a Hamael cuál podría ser la mejor manera. El ángel prometió ayudarme, pero yo tendría que hacer la gestión. Eso de los crucigramas me quedó sonando. Estoy segura que por ahí va a ir todo bien.

-Tienes que elegir muy bien las palabras o lo que fuere que te sirva de canal de expresión, pues tendrás una sola oportunidad -me advirtió Hamael-. Tienen que ser certeras. Imagínate que te dejo disparar una flecha. Una sola. La única flecha tendrá que dar en el blanco.

Tuve que diseñar un encuentro y un mensaje que permitiera resolver dos asesinatos de un solo tiro.

Todo va a depender de Cristóbal. Trataré de no dejar nada al azar. Ningún viento me hará desviar. Sí. Yo misma soy la flecha, y sé donde tengo que llegar.

Estoy quedando en deuda. Creo que en la próxima encarnación, si es que la hay, tendré que pagarle este favor a Cristóbal.

## **17.- Cristóbal**

Como primer asunto, ya me ha quedado claro que tengo que resolver el asesinato de Johanna. ¡Qué tarea! Sospecho que ella trata de decirme, entre muchas otras cosas, que debo descubrir al verdadero asesino. Por cierto, su marido no la mató. Eso lo doy por seguro. Si no fuera así, no tendría objeto que ella viniera a pedir mi colaboración. Hay que encontrar a un criminal, y tendrá que aparecer en las palabras del crucigrama. Bueno, no pierdo nada con intentarlo, sobre todo porque me vienen bien estos desafíos, y porque necesito hacer algo por Johanna.

Ya resolví el puzzle, hace varios días. Estaba fácil, y me proporcionó un montón de palabras sueltas que no parecen tener mayor conexión entre sí. Probablemente, aparecieron en el más completo desorden. Más de alguna tenía que desechar, pues con tanto material me iba a perder. ¿Cuáles? Eliminé las típicas que salen en todos los puzzles, y que sólo se necesitan como relleno. Me quedaron varias palabras a ser interpretadas. Intenté agruparlas por cercanía física, y por tema, y por miles de criterios. No resultó ninguno. Al final escribí una lista alfabética:

Azul, botones, chantaje, costurero, entretela, gabrielamistral, hiroshima, lucían, mueblería, mussolini, occidente, telefoneando, testigo, triple.

Desde ahí tendrán que llegarme las ideas. Las únicas palabras que hoy me dicen algo son “testigo” y “chantaje”. Me hacen pensar que Johanna puede haber sido testigo de algún hecho delictual, y eso ha terminado por costarle la vida. Echo a correr mi imaginación. Ella ha debido tener una información que incrimina a alguien. Pues, ese alguien habrá sido un grave peligro sobre ella, dispuesto a más de algo por salvar su prestigio o quizás hasta la libertad. ¿Dispuesto a matar? Puede ser. Eso está muy unido a “chantaje”, porque se supone que Rodrigo se enteró de un mal paso dado por ella.

Con las pistas que trato de interpretar hasta el momento, me dispongo a indagar y a descubrir cosas. A ratos pienso entrar en conversaciones con el abogado de Rodrigo, pero no estoy nada de convencido porque no creo que un profesional del intelecto esté dispuesto a trabajar con elementos tan invisibles como los que yo tengo. Por ahí no veo muchas posibilidades. Creo que, en este caso tan especial, es mejor iniciar la investigación sin que el abogado me conozca, ni sepa que yo existo. Después, más adelante puede ser el momento de contactarme con él, si es que llego a algo.

A estas alturas, ya tengo algo avanzado, pues anteayer pude deducir que hay una mueblería en relación a este caso. Por sí sola, esta pista no me estaba llevando a ninguna parte, pero, si buscaba en las otras palabras podía descubrir

algo, y así fue. Mirándolas en conjunto con las páginas amarillas de la guía de teléfonos, terminé descubriendo la buscada relación. Efectivamente, después de darme muchas vueltas, vi en la guía una mueblería que se llama “Muebles Occidente”. Y por suerte, tiene un solo local. Esta me pareció una buena pista. Además, no queda muy lejos del departamento en que vivía Johanna, pero eso no tiene nada de decisivo.

Me puse en el caso de ir a visitar esa tienda. ¿Qué haría ahí? ¿Qué iba a buscar? No sospechaba. Sólo cabía ir muy abierto a encontrar algo sorprendente.

Así fue como decidí dirigirme a la mueblería “Occidente”. Me demoré como una hora en llegar, porque me queda lejos. Entré preguntando por amoblado de comedor, pues eso fue lo primero que se me ocurrió. De hecho, estoy necesitando uno para mi departamento. No puede ser que mis invitados sigan comiendo en la mesita del living.

Dejé en claro que andaba solamente mirando, antes de decidir qué comprar. La niña que me atendió me escribió dos cotizaciones, de sendos comedores que me gustaron. Mientras ella escribía, yo admiraba sus ojos preciosos y su figura. Era realmente una mujer muy atractiva. Quedé de volver. Claro que lo haré. De todas maneras.

Me fui contento, pero sin tener ninguna claridad respecto a la gestión que estaba efectuando para Johanna. De repente me daba la impresión de estar ocupando demasiado tiempo en algo que no parecía tener destino. Sin embargo, si todo había ocurrido para conocer a Lucía, entonces estaba más que justificado. Sí. “Lucía N. . .” decía su prendedor que usaba como credencial. No recuerdo el apellido, pero empezaba con “N”. Ella fue un verdadero premio a mi esfuerzo, tal vez el único resultado de mi investigación. Del resto, tendré que olvidarme. Todo ha sido una volada loca. Estoy como al principio, tratando de adivinar qué va a aportar la mueblería a la causa de Johanna.

Pero . . . ¡un momento! . . . No tiene por qué ser ése el único resultado. Algo me empieza a resonar. . . Con toda la rapidez que puedo, voy hacia la mesita a buscar la hoja con las palabras. La reconozco ahí. Precisamente, “lucían” es una de esas palabras. ¿Qué? Claro que sí. Johanna me la está indicando como pista. Ahora tengo motivos más que poderosos para volver a “Muebles Occidente”. Y también tengo la fuerza necesaria para iniciar una amistad con Lucía.

## **18.- Lucía**

Cristóbal vino nuevamente. Me dio alegría verlo. Creo que es el hombre que el destino ha puesto para mí. Parece un enviado. No debería entusiasmarme mucho porque recién lo estoy empezando a conocer.

Primero hablamos de los muebles. De toda clase de muebles. Me contó su problema del comedor, y cómo eso lo limita. En realidad, los dos tratamos de extender la conversación, intercalando algunas anécdotas divertidas. Me habló de las últimas películas que ha visto. Le conté que a mí me encanta el cine pero no voy mucho porque me da lata ir sola.

A ratos me da la impresión de conocerlo desde siempre, como si ya estuviera casada con él. Me imagino cómo será convivir con Cristóbal. Es un tipo un poco cerebral, más bien callado. Me encantaría que me hablara algo de él, y no tanto de los acontecimientos. Ya me dijo a qué se dedica, pero hasta eso es externo. Me gustaría saber qué cosas lo mueven. No se lo voy a preguntar



porque no debe ni saber. Los hombres nunca saben esas cosas. De seguro, me respondería que lo mueven las piernas, o cualquier otra lesera así.

Finalmente se decidió por un comedor de eucalipto, con mesa rectangular, y con seis sillas. Le gustó y no lo encontró tan caro. Eso sí, me dijo que estaba casi decidido y que volvería.

Al día siguiente me compró el comedor. Ya estábamos amigos. Me pidió que se lo llevaran el sábado, que es el día que está en casa.

No se iba a despedir así, no más. No. No podía ser. Me invitó al cine. Y acepté. En ese momento, nuestra amistad salió de la tienda. La película no resultó ser muy buena, pero eso no importa. Después del cine caminamos un poco y fuimos a un café.

-Hace apenas un mes, murió una amiga mía -me empezó a contar, como planteando un tema. No pude evitar recordar a Johanna, así que se me encogió la cara, por la pena que me dio súbitamente.

-¿Cómo murió? -le pregunté, sorprendida.

-La asesinaron en su propia casa.

-¡Oh! Esto me hace recordar a Johanna - manifesté, poniéndome muy seria. Era algo que me producía dolor.

-¿Dijiste Johanna? Si. Así se llamaba -confirmó Cristóbal.

-Entonces, ¿es la misma? -pregunté con asombro.

-¿Conocías a Johanna?

-Éramos muy amigas -reconocí, y se me estaban poniendo nublados los ojos.

Hablamos de nuestras respectivas amistades con Johanna, después de maravillarnos por esa coincidencia del destino. Le conté que nos conocimos en el colegio. Y que después me puse a trabajar y Johanna a estudiar, y seguimos siendo amigas.

-¿Conoces al marido de Johanna? -preguntó Cristóbal. No sé por qué me pareció que estaba indagando.

-Sí. Claro que conozco a Rodrigo. Si hasta estuve en el matrimonio. Piensa que yo les vendí los muebles para su departamento.

-A él, yo no lo conozco -sostuvo-. Sé que lo tienen preso, acusado de matar a Johanna. Yo no creo que haya sido él.

¡Ah! Por fin alguien que piensa como yo.

-Yo tampoco creo -me apresuré a confirmar-, pero porque lo conozco. Si lees las informaciones que salieron, o escuchas los comentarios de la gente, verás que estamos en minoría.

-Leí todo, pero no he escuchado comentarios -me respondió-. Yo tengo como un presentimiento. Algo así como estar muy en contacto con Johanna, y escucharla.

Desde luego, estoy segura que al morir, la persona no termina su existencia. Algo tendrá que haber después, en otro ámbito, con una forma de vida que no conocemos. Sin embargo, no quise decir nada más.

## **19.- Rodrigo**

Fui acusado de asesinato. Para la justicia estaba todo muy claro. Para mí, fue el inevitable final de un asunto odioso, trágico.

Los vecinos habían escuchado mis gritos de aquella noche, y eso fue mi perdición. De esa tarde, más bien, pues el sol recién se estaba empezando a

poner. Nunca hice daño a los vecinos, y ahora ellos me tenían por un asqueroso criminal, y la policía no necesitaba averiguar más.

-¿Dónde estabas tal día a tal hora? -me preguntaron los detectives, una y otra vez.

-En la calle, caminando -era mi débil y sincera respuesta.

-¿Hacia dónde ibas?

Ni yo mismo sabía para dónde, pero, no podía decirlo así. Nadie reparó en mí, esa noche, hasta que llegué al bar, muy tarde. Eso ya no le importaba a la policía. Querían saber lo que hice más temprano. El bar no quedaba lejos de mi casa, pues esa vez estuve dando vueltas en redondo durante todas esas horas perdidas de mi existencia. Horas equivocadas en que no tengo a nadie, ni Johanna me tuvo a mí.

Creo que la justicia no es ciega ni tuerta. Ni tampoco anda con balanza. Simplemente es dejada, pasiva y floja, y se toma su tiempo en hacer algo por los que la necesitan.

Para mí, ha empezado una nueva vida. Dolorosa. Injusta. La que me merezco por imbécil. No tengo cómo saber quién la mató ni por qué. Recién caigo en la cuenta que si ella estaba tan desesperada es porque no se sentía segura. Interpreté mal la causa de su inseguridad. No fui capaz de darle lo que necesitaba. Soy peor que la justicia. Yo que amo tanto a Johanna no supe entenderla. Me dejé llevar por una debilidad infantil.

Ahora, resulta que me pueden condenar a perpetua. Ni me importa. Una condena a muerte sería preferible. Ya no quiero seguir viviendo. Sin embargo, eso de que todos me vean como un asesino, es más que doloroso y no lo quiero aceptar.

Me ha cambiado todo. Tengo nuevos desafíos que no sé cómo enfrentar, ni tengo el poder para hacerlo. Por un pequeño arrebató, en un momento de frustración y celos ni siquiera exagerados. Vida cruel.

Sé que Johanna está en alguna parte. Trato de sentirla aquí y ahora. Me imagino la música, que estoy impedido de tocar. Quizás nunca más estaré frente a un piano.

## **20.- Cristóbal**

No es que yo sea pesimista. Creo que no lo soy, pero, hay algo inconsciente en mí, que me juega al revés. De repente, me parece que yo anduviera irradiando una atmósfera que llama al rechazo. Y mientras más se aleja la gente de mí, más densa es esa especie de humo invisible que me acompaña donde voy. Si por lo menos yo pudiera ver el entorno que emito, podría aprender a disminuirlo y a cortarlo. ¿Cómo será todo esto? Me tinca que hay un miedo metiendo su cola. ¿Miedo a qué? Por coherencia, deduzco que es miedo al rechazo. Sí. Siempre he tenido ese temor a la reprobación. Yo sé que no tendría que tenerlo. Sin embargo, una cosa es saberlo, y otra muy distinta es vivirlo. Andar siempre con ese temor me ha puesto muy solitario.

Ahora recuerdo el día, no hace mucho, en que eché de menos a Johanna. Esa vez no supe por qué. Creí que me acordaba de ella porque sí, pero era por algo. Sacando cuentas veo que fue el día en que murió. O sea, mucho después que dejé de saber dónde ella vivía, y dónde trabajaba, cuando le perdí la pista completamente. No quería creer que fuera para siempre.

No es Johanna la única niña que me ha rechazado. Cada vez que intento acercarme al romance, la situación emprende el vuelo como un pájaro que se siente amenazado. Me he enamorado muchas veces. Puede que yo sea tímido, no lo sé, depende cómo se defina. Lo concreto es que me cuesta establecer lazos románticos, en que la mujer se sienta atraída por mí.

Además, trabajo bastante, y eso también me produce soledad.

Creo que voy a terminar enamorándome de la soledad. Si tiene hasta nombre de mujer, y actúa como ellas. Tengo que hacer un esfuerzo para conversar con mi soledad. Le digo que nos vayamos donde ella pueda realizarse plenamente. Me imagino que la soledad lucha por llegar a ser lo que está llamada a ser. Igual que si fuera una persona. Debo reconocer que me siento atraído por ella. Podría decirse que la amo. Cuando está conmigo me pongo triste. Y cuando no lo está, la busco con desesperación. No estoy adaptado a la soledad. Me somete, me condiciona. Me hace ver que la sociedad no es mía. Que la vida es muy buena y hermosa, pero no es para mí. Es como mirar precios carísimos en las vitrinas. Vivo postergado porque en algún momento me guardé para después.

Ahora estoy empezando a descubrir que puede vivirse de otra forma. No como estoy acostumbrado. Rescatar lo que sea que se me haya perdido en el camino. Recuerdo que Johanna leía todas esas cosas esotéricas de autoayuda. Quizás sepa decirme cómo puedo salir a flote. Y seguramente lo haría, si estuviera en condiciones de hacerlo. Quizás lo esté. Soy yo el que no me abro a entender lo que me dice.

## 21.- Lucía

Le conté a Cristóbal que yo tengo un motivo para sospechar que no está todo dicho. Y lamento que no lo esté. También le hablé del abogado de Rodrigo.

-No se lo he contado a nadie más -expuse con claridad-. El abogado fue muy amable, pero no me tuvo muy en cuenta. Me dijo algo así como que guardaría esa información para más adelante. Que por sí sola no es algo que constituya prueba de nada.

-Me tienes intrigado -declaró con avidez, abriéndose a escuchar.

-Sí, pero es algo que he preferido no contar.

-Por lo menos dime qué fue lo que le contaste al abogado -insistió Cristóbal, con más que curiosidad.

-No sé si tengo que estar contándoselo a todo el mundo.

-Yo no soy "todo el mundo". Además, no se lo diré a nadie.

Me seguía resistiendo, pero en vista de las circunstancias, y si he de tener algún aliado, él tiene que saber esto. Me resigné y le conté.

-Mira, pasa que Johanna y Rodrigo me habían comprado una repisa, pero me pidieron una pequeña modificación. Entonces la hice trasladar a Taller y quedé de avisarles en tres días más, cuando estuviera lista.

-Ya.

-Bueno, la repisa estuvo lista puntualmente y llamé por teléfono a Johanna, al final de la tarde. Esto fue el mismo día que murió.

-O sea que hablaste con ella en un momento muy importante, poco antes de su muerte.

-Sí. Y estaba muy rara. Me trató de "usted". Jamás en la vida había pasado algo así. Ni había motivo para que estuviera enojada conmigo.

-Entiendo. Hizo como que estaba hablando con una funcionaria de una mueblería con la cual no tenía amistad.

-Por eso quedé tan intrigada. Y más aún, ni siquiera de una mueblería. Eso es lo más extraño. No se daba por enterada de lo que yo le hablaba, sino que tenía su propia conversación, en términos que yo no entendía nada.

-Eso quiere decir que en ese momento ella no se sentía libre de hablar contigo, sino que más bien quería informarte algo y tampoco podía hacerlo explícito.

-Justamente. Hablaba como si yo fuera de una tintorería o algo así, y cuando le dije que estaba lista la repisa, me respondió que ella iría a buscar la chaqueta al día siguiente. Y me cortó. Así, de improviso. Me dejó hablando sola.

Cristóbal fue muy atento conmigo y me apoyó en mis suposiciones, que yo sé muy bien cuánta base tienen, aunque casi nadie quiera hacerme caso. Creo que es un hombre capaz de comprender cualquier cosa, y también a cualquier persona. Si hasta le dio por justificar a Johanna.

(fin de la segunda parte.

Continuará)